

## PERSONA DE FE

Hna. Arantxa Jaca

Más de una vez hemos escuchado y dicho, seguramente, o se nos ha podido decir, también, aquello de: “No sé que le ha pasado a esa persona, pero desde que le sucedió aquello no es la misma de antes”. El cambio ha podido ser para mejor o no. El hecho es que algo ha sucedido entre lo de antes y lo de ahora, y se nota.

Algo de eso nos contará el evangelio de este domingo respecto a María. Mujer sencilla, desconocida públicamente, viviendo como una más en el pueblo, hasta que acoge en ella o se abre al plan o deseo de Dios. A partir de ahí, algo fundamental cambia en ella: una alegría, una confianza profunda, aunque no sin extrañeza, duda y agradecimiento, la pone en pie y, con prontitud, va al pueblo donde vive su prima Isabel. El encuentro con ella ha sido especial, porque esa primera vivencia profunda ha quedado gozosamente subrayada, renovada, y pone a María a cantar el ser de Dios: Dios es Alguien que pone sus ojos en la humildad, y porque ama a todos regala su misericordia; especialmente, a los que más sufren, a los que son maltratados. Y, es que, es algo que María lo ha experimentado a lo largo del camino de su vida. Es testigo, en primera persona de ello, y siente que ha llegado un momento en el que no lo puede callar, necesita contarlo, cantarlo, compartirlo... Lo que vive, siente y experimenta es más que para ella; no puede permitirse guardarlo sólo para ella. Lo mismo les sucederá a otras personas que nos van contando los evangelios. Una vivencia diferente y especial, en un momento, encuentro o proceso, ha hecho que hubiera un antes y un después, y que en el día a día se note, incluso en la expresión del cuerpo, de la cara. Ya no viven de lo que otros les cuentan de Dios, sino que han experimentado en sí al Dios del Amor y de la Vida, y lo necesitan proclamar, contagiar, sembrar ese gran y precioso regalo: un Dios que sana, salva, cura, alimenta, ama con pasión y sin límites, abraza, consuela, clama y denuncia la injusticia, defiende a los pobres... A esta vivencia, como creyentes, le llamamos fe. Y a estas personas les llamamos personas de fe.

Y, ¡qué importantes y necesarias son personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra que Dios sueña y quiere para cada persona, y de esta forma mantengan viva la esperanza! Porque la fe vivida abre el corazón a Dios que libera de todo pesimismo y avaricia. Por eso, hoy, más que nunca, hacen falta testimonios de una vida nueva, transformada por Dios, y así indicar el camino del deseo de Dios: “He venido a que tengáis vida, y vida en abundancia” (Jn 10,10). ¡Qué mejor deseo para un momento tan oscuro y lleno de pesimismo!

Y, al mismo tiempo, esto es una llamada seria y profunda para las personas que nos decimos creyentes, que nos decimos que tenemos fe. Porque esa fe que tiene que coger fuerza en el silencio de una experiencia profunda, en el mismo caminar de la vida, y que tiene que ser cuidada para que se sustente en el Dios de Jesús, no puede quedar callada, no puede no tocar el corazón de la persona y no notarse hacia fuera. Quizás no podremos levantarnos y correr como María u otros, porque la salud o la edad no nos permiten, pero nadie nos puede impedir que podamos amar más y mejor cada día de manera visible o perceptible, que el corazón se ensanche y acoja más y mejor. El amor no tiene límites, como lo dice San Agustín: “La medida del amor, es el amor sin medida”.

Por eso, podemos decir que si la vivencia de la fe no nos hace o no nos va haciendo más personas de fe, más personas de Dios, del Dios de Jesús, tendríamos que preguntarnos con realismo cómo es la vivencia de la fe, de qué me sirve decir que soy creyente, qué me supone vivir el Domingo participando en la Eucaristía. El mismo Jesús nos dice: “No es suficiente decir: ¡Señor, Señor!, sino que es necesario cumplir la voluntad de mi Padre: ser constructores de vida con alegría, con confianza, con alegría, con amor, siempre y en todo lugar”.

Podemos conocer en nuestro entorno creyentes que vibran de manera diferente, que se nota que algo o Alguien más les mueve, les hace vivir con fe, con esperanza, con amor... su ser, su caminar. Ojalá pudiéramos percibirlos y dejarnos cuestionar: ¿Por qué no yo?

*María, persona y mujer de fe, que, con sencillez y confianza, nos permitamos abrir nuestra vida y nuestro corazón al deseo de Dios para la humanidad, como lo hiciste Tú. Sólo así podremos celebrar la Navidad con sentido y hacer más posible la Navidad para los demás. Amén.*